

Etapa 19. Canelas – Carvalhal Redondo

1 de abril de 2026

Esta ruta nuestra al mar ha atravesado Portugal por caminos poco concurridos, por senderos a los que les han crecido las flores, por pueblos o aldeas con pocos habitantes, por rincones a los que parece que no les queda mucho para seguir siendo testigos de un tiempo que se escapa. Espacios de una belleza sobria, con los que celebrar, discretamente, el encanto de lo que existe.

Antes de acercarnos del todo al Atlántico, y toparnos con el Portugal que se aprieta contra la línea de costa, lleno de casas, de carreteras, de gente, de energía, también de una prisa que no habíamos encontrado aún, nos quedaba atravesar los últimos montes y, definitivamente, bajar al mar.

La vista aérea de esta etapa, la línea que dibuja la aplicación Relive, nos muestra moviéndonos por las crestas de montes de 700 metros de altitud, y sugiere un recorrido más emocionante que el que realmente hacíamos allí abajo, rodeados por eucaliptos quemados el último verano. Cogimos la primera y principal cuesta de las que íbamos a conocer tras salir de Canelas, y luego fuimos tomando las que nos llevaban al oeste. Las últimas etapas por la Sierra de Montemuro y alrededores nos habían acostumbrado a disfrutar de la senda y de las vistas, de ver los riscos pelados cercanos y los montes a los lejos, pero este tramo tenía que invocar otros argumentos para resultar atractivo.

El entorno del Museo de los Trilobites fue una de las excepciones a la monotonía del camino. Por allí se podían ver la cantera de pizarra de donde se han extraído, y se siguen extrayendo, algunos de los fósiles de trilobites más grandes del mundo y el geositio 26 del Geoparque de Arouca, la Cresta de Gallineros, un picacho de rocas cuarcíticas que conserva evidencias de la glaciación que sucedió al final del Ordovícico, hace 445 millones de años, la glaciación más intensa de las registradas. Después seguimos adelante, con Arouca debajo, a nuestra izquierda, escondida tras el negro de los eucaliptos jóvenes.

Carlos decía que solo habíamos visto por aquellos bosques tristes un pájaro y once mariposas, y creo que contó alguna más de una vez. Nos cruzamos con dos trabajadores, ásperos como el lugar, que se movían con un coche y una cosechadora forestal, oscura y amenazante, y nos sentamos en un lado poco cómodo del camino, ni siquiera a la sombra, a comer pan con chorizo y salchichón, naranjas y nueces. Habíamos llevado apenas dos botellas pequeñas de agua para los tres y la sensación de aridez se acentuaba.

Sin embargo, aquella ruta nos llevaba al mar, la habíamos elegido nosotros y ya formaba parte de nuestro Paralelo 41. Por el hecho de estar ahí, de ser una presencia que habíamos conocido, e incluso sufrido, ya nos valía, es más, podíamos disfrutarla. Esa sensación recordaba, en otro orden de cosas, a aquella afirmación de que ser feliz es estar vivo, de la película *Desmontando a Harry*, de Woody Allen.

Empezamos a bajar hacia la zona poblada del final de la etapa atravesando una aldea deshabitada situada en una cuesta del valle de la *ribeira de São Mamede*. Le

daba el sol a la casa cerrada pegada al camino y el verde redimía de tanto quemado de la mañana. Aunque ya no haya nadie que pudiera vernos pasar por allí, es bonito recuperar por un momento su nombre para contar que una mañana de abril pasamos por Sobreleites.

El sube y baja de la jornada se notaba en las piernas y en el ánimo. Pasamos al lado de Folgoso, por la *estrada do Areal*, quizá algún arenal formado por la *ribeira de Folgoso*, que nacía en la aldea y desembocaba, un kilómetro después, en el río Arda, otro afluente del Duero para el historial del viaje al mar que íbamos a atravesar un poco más adelante. Delfín nos esperaba sentado en un pretil en la entrada de Coval Quente, mimetizado con el paisaje como un parroquiano más.